

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ESPAÑA SATÉLITE DE ITALIA.

¿Quién dijera á Gonzalo de Córdoba *el gran capitán*, que aquella Italia á la cual subyugó con sus insignes triunfos en Cerinola y á orillas del Garellano, y cuyos estados corrían en tropel, no ya á solicitar su amistad, sino á rendirle vasallage, habia de ser buscada un dia con servil obsequio y otorgar alianza como por merced á su antigua dominadora? ¿Quién dijera á la casa de Aragon que la miró siempre por tierra de conquista, á Pedro III que vinculó el reino de Sicilia en su rama segunda, á Alfonso V que en el expugnado trono de Nápoles sentó á un hijo bastardo, quién les dijera que el de España nada menos habia de ser rechazado en primera instancia, y solo á la segunda admitido, por un príncipe italiano? Y el hijo del vencedor de Pavía, el gran Felipe II, al abrir paso por primera vez entre los soberanos europeos al duque de Saboya con darle la mano de su hija, favor á que tan ingrato se mostró despues el ambicioso yerno revolviendo maquiavélicamente sin cesar á españoles y franceses para aumentar su pequeño territorio, ¿cómo habia de prever que sentaba el pedestal de una potencia, que engrandecida con incansables amañes, osaria con el tiempo alargar la mano á la gloriosa diadema de ambos mundos y uncir al carro de la usurpacion y de la impiedad á la defensora nata de la religion católica y del derecho? España era señora de Italia, y no

solo en el apogeo de su pujanza, sino en los mas deplorables dias de su decadencia: de nuestro pais eran *los que allí mandaban* en el siglo XVII, en expresion de uno de los personajes de Manzoni, y de la postrada monarquía de Felipe IV y de Carlos II recibia virreyes, cancilleres y toda suerte de autoridades la tierra que á la regenerada España *con honra* hoy da soberanos. Y hasta en el siglo pasado nuestros Borbones, ramificándose por la otra península, heredaron ó restablecieron en ella reinos y ducados, que la perfidia mas que la violencia ha ido entregando en estos últimos tiempos al audaz despojador, cuyo vástago es llamado ahora, tal vez por un malicioso halago de la fortuna, á aprovecharse del destrocamiento de la estirpe principal.

No ha habido dinastía estrangera, por mas que legítima, por mas que fuerte y gloriosa, que haya entrado en nuestra patria sin largas y hondas sacudidas y sin producir en las leyes y en las costumbres una radical transformacion. Las causó el advenimiento de la Austríaca, por mas que llevase en dote el imperio de Alemania; y la prepotencia y codicia de los Flamencos sublevó á las altivas ciudades de Castilla y armó el brazo de los caudillos comuneros, á quienes alzan estátuas y pretenden por suyos los que acaban de correr la Europa mendigando un reyezuelo. Terribles guerras internacionales y civiles costó la implantacion de la Borbónica, y graves mudanzas trajo políticas y sociales, sometiendo la

nacion al ascendiente francés, que no le procuró en lo material tantas mejoras y ventajas como quiebras morales le acarreó. Y si asistimos (no lo permita el cielo!) á algo mas que á un acto personal y transitorio, si asistimos á la inauguracion de la tercer dinastía estrangera, preparémonos á una influencia todavía peor, preparémonos á italianizarnos, aunque no sea ya mucho lo que nos falte para ponernos á un nivel con el pais de los Liborios y Nunziantes despues de treinta ó cuarenta años de pronunciamientos y defeciones. Verdaderamente que la corte está ya montada tiempo hace del modo mas digno y adecuado para el rey que se aguarda; verdaderamente que está ya levantado, y no es de hoy, el fúnebre edificio en que se entierra á la vez el poder y la honra, la virtud y la fortuna, el valor y la dignidad de España, y que ahora se trata solo de su coronamiento.

El astro se ha convertido en satélite, y en satélite del planeta que por tantos siglos giró á su alrededor cortejándolo sumisamente: España ya no es la España con su elevada mision, con su política dominante ó independiente siquiera, con su iniciativa propia, con su *autonomía* por decirlo á la moderna; es una sucursal del nuevo reino de Italia, adquirida con menos perfidia y mas audacia que de costumbre por el grande *anexionador* de la época; es una presa que ni aun tiene por pretexto la decantada unidad italiana, ni su debilidad é impotencia por disculpa de la servidumbre; es una inerte masa llevada á remolque de un impulso sin direccion, de un interés sin cálculo, de una ambicion sin freno que por instinto se satisface sin pensar en las resultas; es un cómplice autómatas asociado á la responsabilidad de un delito, en cuya maquinacion ni siquiera se le ha dado parte, como no se trata de dársela en el provecho. Si el *pacto de familia* que liga un estado con otro transforma la nación en patrimonio de la dinastía reinante, sacrificando el público reposo y prosperidad á intereses y afectos de parentela, ¿qué diremos de esta pobre patria regida por Víctor Manuel mediante su hijo ó sea lugarteniente, empeñada en sus locas y

criminales aventuras, espuesta de rechazo á los embates de la revolucion ó á las complicaciones de la diplomacia europea que amenazan su trono mas que otro alguno, reducida á fuer de colonia á desangrarse por su improvisada metrópoli con participacion de riesgos y con exclusion de beneficios?

Porque no es mera casualidad la que á nuestros gobernantes, cansados de desaires y de negativas, les ha traído á probar suerte en la corte del *Galantuomo*, para ver si allí con mas ancha conciencia les seria admitida la corona de que se proclaman con derecho á disponer; no es una simple personalidad la que de allí importan para que se empape en las necesidades, en los sentimientos, en las tendencias españolas, hecha abstraccion de la tierra y de la alcurnia de que procede; no es una filiacion puramente carnal la que tiene el futuro rey de España respecto del rey italiano, sino una solidaridad política, una transmision del sér moral, una idéntica significacion. Nuestros monárquicos revolucionarios (contrasentido que ya no choca á fuerza de repetirlo) han buscado muy de propósito al hijo del destronador de reyes, del convocador de plebiscitos, del arrostrador de pontificios anatemas, cuya última hazaña contra Roma parece haber sido el golpe decisivo que le ha valido casi simultáneamente para su prole el ofrecimiento del cetro de S. Fernando: hasta tal punto le ha ganado la admiracion y simpatía del católico gobierno español. Y si de todo prescinde el ambicioso saboyano para ceñir á su segundo hijo una diadema erizada de espinas, no es precisamente por vanidad ó cariño paternal, sino para tener quien le apoye, quien le guarde las espaldas, quien corra sus azares, siquiera perezca con él en comun naufragio. Trátase no de una regular armonía que deje á salvo la recíproca independencia de ambas naciones y su libertad de accion al tenor de su conveniencia respectiva, sino de una alianza á todo trance, á vida ó á muerte, que las trabe y enrede con unos mismos hilos, cuyos cabos ciertamente no estarán en Madrid sino en Florencia. Trátase, por mas que parezca fatigoso el repetirlo, no

de españolizar al rey, sino de italianizar la ionacn.

Por algo sin duda buscaron las Cortes á su elegido en la casa de Saboya, como dijo su presidente al traerle la regia investidura, y por algo habló Ruiz Zorrilla en su discurso del *sentimiento nacional de la noble Italia y de las libres instituciones por que se rige con éxito dichoso*. Este sentimiento, que atropella la lealtad y la gratitud á los legítimos soberanos para someterse á un usurpador y propiamente hablando á un extranjero, que huella las glorias y tradiciones y libertades de la verdadera patria para ir á caza de la quimérica unidad peninsular que jamás ha existido, que no repara en los medios, que no tiene previstos ni determinados los fines; estas instituciones introducidas por la traicion y el tumulto, impuestas á fuerza de sangre y terror por feroces caudillos, detestadas de los republicanos, comprometidas y borrascosas para el poder supremo, perturbadoras y ruinosas para el pais; este sentimiento y estas instituciones, tal como en Italia se demuestran, son las que enamoran á los libres y patriotas de España, y las que en este suelo tan preparado se proponen aclimatar. En cualesquiera ramos les ofrece su dechado magníficos ejemplos: en la gloria de las armas y en la pujanza de la marina acreditadas recientemente con los desastres de Lissa y Custozza, en el respeto á las cosas santas y á las leyes de la Iglesia, en el arreglo de la hacienda suspendida por un hilo sobre el abismo de la bancarrota, en el alivio de las cargas y en el fomento de la riqueza cegada en sus fuentes, en el orden y seguridad pública encomendada á los bandidos, en la dignidad del parlamento, en el decoro de la prensa, en la satisfaccion y bienandanza general. ¿Y no es verdad que vamos ya bastante adelantados para que la copia se confunda con el modelo? no es verdad que al describir las escenas italianas parece ya que se trazan cuadros españoles?

No hay que hacerse ilusiones ni que disimularlo: el verdadero rey de España, si rey cabe en tales circunstancias, será mientras duren estas Víctor Manuel, y Amadeo I un

simple lugarteniente. Pues qué! ¿no se apresuró la *Gaceta* á publicar oficialmente su discurso en la apertura de las cámaras de Florencia, en seguida del de la aceptación de su hijo? ¿No traza, con aquella mezcla peculiar suya de cinismo y de hipocresía, adulando á la vez á Francia y á Prusia, insultando juntamente al derecho y al catolicismo y á la opinion pública y á la libertad solo con tomarlas en su boca, no traza el programa en que nuestra nacion tiene asignado confidencialmente su papel? no la llama *hermana por origen y por gloria*? Pero ha olvidado otro título de hermandad entre las dos penínsulas, el de la revolucion y de la miseria; y este que ha formado el principio de la liga, será tambien el que la disuelva. Su peligro principal y el de su hijo no está en los que han combatido su eleccion, sino en los que la han hecho: á la *lealtad* de estos, que no á la *del pueblo español* ha confiado la seguridad del príncipe; con ellos se entienda, y no se llame á engaño si un dia la experimenta tan frágil como la tuvieron ellos con su reina y él con sus parientes.

J. M. Q.

PROGRESO.

I.

Entre los partidos que se disputan la victoria en el campo de la política, uno hay que tuvo la suerte de adoptar esta palabra por lema de su bandera, dando así mas importancia filosófica á sus opiniones, mas legítimo objeto á sus tendencias, mas aparente brillo á su sistema, y granjeándose quizás mayor número de prosélitos con solo cambiar de apellido. Mote es de suyo tan halagüeño como significativo el que abre á la imaginacion un vasto horizonte cuyos límites se pierden en el espacio, abraza con cierta misteriosa vaguedad la sucesion de los tiempos, y presenta las sociedades marchando sin detenerse por el camino que debe conducir las á su perfeccion indefinida. La fe en el porvenir es una consecuencia instintiva del deseo innato, vehemente, insaciable de felicidad; y ese ahinco por encontrarla nos hace creer que tanto mas nos acercamos, cuantos mas pasos vamos dando en busca de ella. Por eso el

hombre, sea como sér aislado ó colectivo, no puede estacionarse en ningun punto: solitario viajero, ó individuo de inmensa caravana, su objeto es marchar noche y dia, adelantar terreno, salir del desierto y entrar en campos mas espaciosos y floridos, y sobre todo mas cercanos del término á que se encamina. Siendo imposible levantar el velo que cubre los acontecimientos futuros, no es estraño que hartado á menudo el desaliento deje helado el corazón del individuo; pero al considerar las escabrosas situaciones que felizmente ha atravesado la humanidad, no debemos desconfiar nunca de sus destinos en la tierra. Las sociedades marchan, y marchan, es lícito esperarlas, hácia un estado mas cómodo, mas tranquilo, mas envidiable que el presente; pero al fijar los ojos en este arcano, se impresiona de tan diverso modo la fantasía de cada uno, que se recorre toda la série de conjeturas, toda la escala de esperanzas, desde las mas razonables hasta las mas quiméricas y absurdas.

No es fácil pues encajonar en una definición ni señalar á punto fijo los movedizos límites de lo que se entiende comunmente por la palabra *progreso*; palabra infinitamente elástica que nos llevaria al terreno de las controversias, si tratásemos de medir la estension de su significado. Descartando aquí las ventajas que se atribuyen al progreso político, es decir, al fraccionamiento indefinido del poder, y á la indefinida participacion de políticos derechos, que al fin no son mas que medios mas ó menos conducentes al verdadero progreso social, aceptamos este como genuína espresion de mejoramiento sucesivo en todas las clases de la sociedad. Continuo acrecentamiento de luz en las inteligencias, de moralidad en los corazones, de apetecibles comodidades y legítimos goces en las masas populares: así entendemos y queremos el progreso, aunque somos de los que restringen el sentido de esta palabra, para no fracasar en el escollo de peligrosas utopias, fatales sirenas de la época en que vivimos.

No es nuestro ánimo entrar á discutir si el partido que se titula del progreso cuenta con el cuerpo de doctrina mas á propósito para hacer que triunfe su divisa. Sea esto una verdad ó una ilusion, no tratamos de perturbarle en el posesorio de sus pretensiones, no pensamos en arrancarle su distintivo. Pero si no impugnamos sus derechos, tampoco se los admitimos como exclusivamente suyos ó de las fracciones mas atrevidas que han brotado de su seno. La causa á cuya defensa se consagra, simpatiza demasiado con los mas nobles instintos del hombre para no contar mas valedores que los afiliados en

un partido. No presentan los recuerdos históricos una época tan completamente satisfactoria, no ofrecen los tiempos que alcanzamos una situacion tan risueña y grata, que no se abrigue en todo pecho un vivísimo deseo de legarla mejor á nuestros hijos. De estas generosas aspiraciones no está exento ningun corazón honrado: ningun partido las rechaza, ninguno dirige sus miras á un fin opuesto: ninguno pretende que la sociedad permanezca tendida como paralítica en su lecho de dolores.

Y sin embargo el número inmenso que constituye la plebe de las inteligencias se guia por lo sonoro de las palabras, y nacen y eunden ideas erróneas que es conveniente atajar, aunque parezca tal vez pueril empeño entretenerse en combatir las. Es una vulgaridad el creerlo, pero se cree que hay partidos cuyo anhelo y esperanza no son otros que parar de golpe el movimiento impreso en las sociedades por una ley providencial, y estorbar á todo trance que emprendan de nuevo su misteriosa carrera. Créese de unos que fija la vista atrás buscan con afanosa mirada un punto del camino andado para hacerlas cejar á viva fuerza y dejarlas allí para siempre enclavadas: créese de otros que enorgullecidos con el triunfo de sus ideas contemplan con cierto embeleso lo presente, y persuadiéndose que el estado social ha llegado ya á su apogeo, pretenden que se mantenga inmóvil en el sitio que ocupa, semejante á un trofeo colocado en la punta de una pirámide. Y porque estos intentan conservar de lo que existe las condiciones que juzgan mas oportunas para el fomento de la civilizacion, se les acusa de estacionarios: y porque aquellos echan menos algo de lo pasado, y desearian restablecer en su vigor primitivo ciertos elementos que miran como indispensables para la vida y orden y prosperidad de las naciones, se les llama partidarios del retroceso.

Pero por mas que á unos se les tache de retrógrados, y por mas que otros se apelliden conservadores, ninguno desconoce que el estado social era ó es susceptible de mejoras, de perfeccionamiento, de progreso. De qué medios han de valerse para lograr que este se verifique del modo mas ventajoso, ahí está la gran cuestion. Ahí está el problema colosal, inmenso, infinitamente complicado á cuya solucion concurren todas las ciencias políticas, históricas y morales; ¿qué mucho que haya divergencia de opiniones, cuando tantos son los métodos que suelen emplearse, tantas las dificultades que se atraviesan, tantas las circunstancias que deben atenderse, cuando no hay siquiera uniformidad en la manera de plantearlo, y cuando despues de tan diferentes ensayos

se ignora todavía qué sistema ha de dar resultados mas satisfactorios? Ningun partido desconfia de sus doctrinas: ni las acepta como hostiles al progreso, ni las considera infecundas para producirlo. Su ambicion no es de plantar un árbol estéril y de frondoso ramaje á cuya sombra se duerman las sociedades: lo que se proponen es alimentarlas con sus frutos siempre mas abundantes y esquisitos. Ni el mas entusiasta por lo pasado, ni el mas optimista por lo presente se han imaginado nunca decir á la verdadera civilizacion: *de aquí no pasarás*. Bien saben ellos que no tienen el poder de Dios para contener las olas del océano con una simple valla de arena.

Si fuera oponerse al progreso restaurar parte de lo pasado ó conservar parte de lo presente, ¿no seria suponer que nada existe ni ha existido digno de trasmitirse á las generaciones venideras? Y si de este modo se reniega de la historia, ¿qué esperanzas pueden concebirse de esta pobre humanidad que en tantos siglos nada grande ni sólido ni permanente ha producido? ¿A qué ese decantado movimiento de la civilizacion semejante al de los torbellinos, en vez de imitar el de un astro ascendente? Y si el progreso ha de arrancar desde hoy, ¿no es loca presuncion tratar de dar al mundo un impulso y una direccion que nunca ha tenido? Las manos del hombre no harian rodar por una órbita cualquiera el astro que Dios hubiese creado fijo.

Diráse empero que la bondad y eficacia de las cosas no son intrínsecas sino relativas; que el tiempo todo lo gasta, deteriora y malea á medida que avanza en su camino; que la sociedad á menudo cambia de fases, y cambian entonces sus necesidades, y no basta para satisfacerlas el perfeccionamiento de lo antiguo, sino que es preciso contentarlas con la concesion de lo nuevo. Mas si tan veleidosas exigencias debieran atenderse, ¿qué es lo que se creara de grande, de sólido, de profundamente meditado, cuando á todo faltarian las condiciones de estabilidad y firmeza? ¿Qué respeto obtendrian leyes nada mas que provisionales? ¿qué prestigio instituciones nada mas que interinas? ¿Serian grandes pruebas de adelanto el que las bases de los estados estuviesen construidas sobre arena, que sus principios mas trascendentales debiesen todo su crédito á los caprichos de la moda, que la tradicion y la historia no tuviesen siquiera el derecho de emitir un consejo, que no hubiese siquiera un lazo para unir el dia de hoy con el de mañana? Comprendemos muy bien que para hacer alarde de lujo y opulencia se renueve á menudo el

mueblaje de un aposento; pero tildaríamos de loco al fastuoso millonario que se propusiera derribar á cada década y fabricar de nueva planta su magnífico palacio.

El viajero que retrocede algunos centenares de pasos á recoger un rico brillante que se le ha caído, no debe llamarse retrógrado: al que se detiene delante de una encrucijada á tomar aliento ó elegir el camino que le conviene, no hay que tacharle de estacionario; y por mucho que corra el otro siguiendo una senda que le desvía, no puede decirse que progresa. No tomemos pues en cuenta esas denominaciones arbitrarias, por mas que la malignidad ó el uso comun las hayan en cierto modo autorizado. Todos los partidos que se apoyan en la triple base de la razon, de la historia y de la conciencia, aspiran al verdadero adelanto de la sociedad. Lo que importa examinar á sangre fria y sin prevencion alguna es, cuál de ellos cuenta con medios mas conducentes al fin propuesto, cuál de ellos ladeará mas suavemente los obstáculos, presenta menos riesgos y tiene probabilidades de un éxito mas completo. La cuestion de tiempo no es la que mas debe preocuparnos: tal vez se llega mas pronto siguiendo el camino real, que saltando de barranco en barranco por lo que se sospeche un atajo. Todos los partidos en virtud de sus principios y máximas de gobierno se han propuesto llegar al término deseado, mas todos señalan diferente camino: por esto conviene considerar con madurez y detenimiento, si el que ofrecen á la imaginacion guia en realidad hasta el Eden prometido, ó si á un trecho andado se derrumba en espantoso precipicio que quizás los mas perspicaces ya han entrevisto.

T. AGUILÓ.

NOTA DEL CARDENAL ANTONELLI

EN CONTESTACION Á LA CIRCULAR DEL GOBIERNO ITALIANO.

«Ilmo. y reverendísimo señor:

De seguro no habrá pasado inadvertida por V. S. ilustrísima una circular del Sr. Visconti Venosta de 18 de octubre, en la cual pretende justificar la usurpacion de los dominios de la santa sede y la aceptacion por parte del rey Victor Manuel del llamado plebiscito romano. Las acostumbradas frases faltas de sentido y en oposicion con la realidad de las cosas, no obstante haber pasado estas á la vista de todos, constituyen la base y la esencia de ese documento diplomático.

Principia el señor ministro por ensalzar la libertad y la espontaneidad del voto de adhesion á la monarquia italiana dada por el pueblo de Roma el 2 de octubre, como si la Europa, que ha visto derribar un trono de un poderoso monarca apenas trascurridos cuatro meses de una solemne manifestacion semejante, no supiera el valor que encierran de-

mostraciones de esa clase y la fuerza de un argumento de tal naturaleza. Y es tanto más de extrañar que el señor ministro haya apelado á este argumento, cuanto que nadie mejor que él debería estar convencido de que esa misma Europa, que sabe cuanto ha ocurrido en Italia en el decurso de un decenio, que no ignora los medios morales y los artificios de que suele valerse el gobierno italiano cuando se propone alcanzar algún fin, y que ya ha formado el concepto que merecía su pasado comportamiento, difícilmente reconocerá el valor de ese argumento y mucho menos querrá persuadirse de que las cosas hayan pasado tales como él las pinta.

Y aun admitiendo que no se quisiesen tener en cuenta los acontecimientos anteriores á 1867 y los que en esa época se realizaron, bastaría hacer presente que los romanos dieron del verdadero espíritu que les animaba y de sus reales y positivas intenciones un testimonio más claro y seguro, cuando rodeado poco ha el territorio pontificio por más de 60.000 italianos, y no obstante el dinero, los emisarios y la entrega de armas con que se les impulsaba á sublevarse, no obstante las promesas, las proclamas y los artículos de periódicos en que se les escitaba á rebelarse contra su legítimo gobierno, no solo se mantuvieron impasibles, sino que, reuniéndose en grandísimo número, ofrecieron espontáneamente su vida á su amado soberano, y empuñaron las armas para defenderle contra cualquier ataque. Así que, bien se puede preguntar al mismo señor ministro si cree que hubieran tomado igual actitud los habitantes de todos los demás puntos dominados por el gobierno de Florencia, siempre que un ejército extranjero se hubiese concentrado en sus fronteras con un determinado propósito, y ejercido desde allí la presión que necesariamente debía ejercer sobre los romanos y las demás provincias del padre santo la presencia de las tropas italianas en las fronteras del territorio pontificio y cerca de la capital del mismo.

Y si bien es verdad que una vez invadido el territorio por las tropas del rey hubo un alzamiento, nadie ignora que fué consecuencia inevitable de la actitud tomada entonces, no por nuestro pueblo, sino por el gran número de emigrados, como así se titulan, y de gentes de toda clase y de todos los países que acompañaban á esas mismas tropas. De desear es que se borre hasta la memoria de ese alzamiento, para que la historia imparcial no tenga que registrar en sus páginas el objeto que llevaba, ni los insultos dirigidos á las personas más respetables de la ciudad y á sus honrados habitantes en general, ni las sangrientas venganzas de que fueron víctimas los soldados del padre santo que iban dispersos por las calles, ni el saqueo de los cuarteles y de algunos establecimientos públicos por espacio de dos días á la vista de un ejército que se mantenía impasible espectador de todo. En cuanto á las garantías de sinceridad y de publicidad que supone el señor ministro concurren en semejante votación, apelo gustoso á la buena fé de todas las personas que se hallaban en Roma el 2 de octubre, y sobre todo al respetabilísimo testimonio de los señores representantes extranjeros cerca de la santa sede. Ellos que presenciaron el modo como se condujeron las cosas, que pudieron asistir á la votación, que tuvieron ocasión de ver por sus propios ojos la clase y la condición social de la mayor parte de los votantes y que en su reconocida lealtad no habrán dejado de indagar algunos hechos notorios y públicos, habrán sin duda creído que estaban en el imprescindible deber de comunicar á sus respectivos gobiernos lo que ocurrió en ese día, poniendo así de manifiesto cuán falaz juicio sería el que se fundase en el resultado de una votación de semejante índole. Supérfluo es, por lo tanto, que me detenga sobre este punto, desde el momento en que con motivo debo creer que ese Gobierno, así como todos los demás, ha de poseer ya tales y tantas noticias cuantas son necesarias para formar cabal juicio tocante al hecho de que se trata.

Voy empero á examinar si las consecuencias de «ese gran acontecimiento», como lo llama el Sr. Visconti Venosta, lejos de ser favorables al catolicismo como él pretende, pueden y deben ser la ruina de la pobre Italia. Y para no pasar los confines de la península, apelaré aquí á cuantos por pasión política no hayan perdido todo sentimiento católico

para que me digan si las leyes contrarias á la Iglesia publicadas en el reino italiano, la subversión de todo principio de moralidad pública sancionada por leyes arbitrarias la supresión de todas las órdenes religiosas, la incautación de los bienes eclesiásticos, la mina de las bases en que descansa el episcopado, la inclusión de los clérigos jóvenes en la quinta, el encarcelamiento en que se tiene á los ministros del santuario que no doblan la frente ante leyes que pugnan con la conciencia, las trabas impuestas al ejercicio del culto religioso, las impías doctrinas religiosas profesadas en las cátedras de las universidades hasta el punto de enseñarse que el hombre tuvo su origen en el mono y el alma en el fósforo, pueden ser medios á propósito para mantener vivo el sentimiento religioso y para alcanzar el progreso de la sociedad católica.

Y además querría yo preguntar si todo cuanto pasa en esta ciudad desde la entrada en ella de las tropas italianas; la inmoralidad que aun se quiere difundir aquí entre el pueblo; el desprestigio en que con sátiras y láminas litografiadas y fotográficas se trata de hacer caer la veneranda autoridad de la augusta cabeza de la Iglesia; la propagación de libros impíos y obscenos merced á los reducidísimos precios á que se espended; la diaria y encarnizada guerra que el periodismo sostiene contra todo cuanto más sagrado y autorizado hay en la tierra; los insultos de que son blanco los sacerdotes, los dignatarios de la Iglesia y hasta el padre santo; los decretos que se han publicado en los cuales se coarta la libertad de los bienes y de las rentas pertenecientes á las comunidades religiosas, á los establecimientos piadosos y á los cabildos eclesiásticos; la aplicación á los dominios de la santa sede de las leyes anti-canónicas que rigen en el resto de Italia, son hechos que en concepto del señor ministro basten á persuadir á los católicos de que se respetan del todo sus sentimientos religiosos, y de que, partiendo de estas bases, puede en el verdadero sentimiento católico aplicarse la idea del derecho en su más lata y elevada significación á las relaciones entre la Iglesia y el estado.

La necesidad de que la augusta cabeza de la religión posea un dominio temporal para ejercer con plena independencia el poder espiritual apareció por este mismo motivo tan manifiesta, y por otra parte es tan universalmente sentida y notoria, que no son menester grandes argumentos para demostrarla. Y me complace ver que el ministro señor Visconti Venosta está tan persuadido de ella, que deseoso de tranquilizar al mundo católico, habla de soberanía, de extra-territorio, de preeminencias regias que han de concederse al soberano pontífice, y que él mismo reconoce indispensables. Mas no es dable después de esto comprender como, al tejer la historia del pontificado, ha recorrido á ciertas sutilezas perdonables en los labios de un heterodoxo, pero que repetidas por un ministro de un gobierno católico no pueden menos de producir pena y asombro á la vez. Como no es propia de la brevedad de un despacho una discusión histórica, prescindiré de demostrar que la institución del dominio temporal es anterior á la edad media, y que en tiempo alguno la fuerza moral del papa fué tan grande como en esta época, y hablaré solo de las garantías que se quieren conceder al pontífice una vez privado de todo dominio, á fin de tranquilizar las conciencias y de que el mundo católico no se crea amenazado en un ápice en sus creencias religiosas por efecto de la unidad de Italia.

Hasta qué punto pueden merecer fe las promesas del gobierno italiano, ya sean solemnes, ya estén sancionadas por pactos internacionales, ya por leyes, decretos ó votos del parlamento, claramente lo dicen los tratados de Zurich y Villafranca, las usurpaciones cometidas en daño de todos los príncipes de Italia, el convenio de setiembre de 1864 relativo á la retirada de las tropas francesas del territorio pontificio y á las obligaciones contraídas por el gobierno de Florencia, las seguridades dadas desde la tribuna en todos tiempos y aun recientemente de que se quería respetar el espíritu y la letra de ese convenio, las comunicaciones que mediaron entre los dos gabinetes de Paris y de Florencia con ese objeto, y la contradicción en que se hallan los compromisos contraídos y las explícitas seguridades dadas, con la invasión

CRÓNICA.

del territorio pontificio apenas derrocado el poder militar de Francia, y con la preciosa confesion hecha en la circular misma de que se trata, en la cual se declara que la grande obra de la unidad italiana principiada por Carlos Alberto la ha proseguido y realizado al fin con su perseverancia el rey Víctor Manuel. Así que bien puede repetirse en vista de todo esto, que el mundo católico y todos los hombres de bien no pueden confiar en semejante gobierno, y mucho menos prestar fé á sus palabras, desde el momento en que conocen los motivos con que se quiso cohonestar la sangrienta y vergonzosa empresa llevada á cabo.

Cuando con tal indiferencia se conculcan los juramentos y con un cinismo sin ejemplo se prescinde de todo principio de decoro y de justicia, se pierde el derecho á ser creído. Podría estenderme en reflexiones sobre las espresadas garantías, las cuales se resumen en la libre y continua comunicacion del sumo pontífice con los fieles, en mantener una representacion extranjera cerca de la santa sede y una representacion pontificia en las cortes extranjeras, en la separacion de la Iglesia y del estado, y en la completa libertad de la Iglesia para apartar la sospecha de que se quiera influir en las decisiones de la santa sede á fin de convertir la religion en instrumento de gobierno. No obstante, y sin meterme en una discusion inútil, me bastará preguntar si tales garantías son suficientes para mantener eficazmente la independenciam del pontífice, para alejar toda racional sospecha de servidumbre y cerrar el camino á las arbitrariedades del poder secular, para disminuir los conflictos que entre ambas autoridades han de suscitarse por precision algunas veces, para impedir que la cabeza de la Iglesia se convierta mas ó menos tarde por efecto de divergencias de opinion en prisionero político del estado en que reside, y para tranquilizar al mundo católico tocante al libre ejercicio del poder espiritual. La autoridad que subsiste y se ejerce en virtud de una concesion, y que por lo tanto depende de la voluntad y del capricho del cedente, carece de vida propia, y no puede estender su influjo mas allá de los límites impuestos y consentidos en sus condiciones intrínsecas y estrínsecas.

Ahora bien, nadie ignora que la cabeza de la Iglesia necesita de autoridad propia y segura, á fin de que su poder espiritual no sufra coartacion ni interrupcion en ningun tiempo ni por causa alguna. De donde se infiere que cualesquiera que sean las garantías que se le concedan, será siempre una verdadera ilusion, si ha de estar sujeto á un soberano ó á un poder secular.

Sea cual fuere, por lo demás, el partido definitivo que tocante á ese punto abraza el gobierno italiano, sean las que quieran las violencias que emplee para hacer prevalecer su voluntad respecto del mismo, y los medios que se utilicen para inducir á los gobiernos de Europa á sancionarlo (lo cual es imposible), el padre santo, recordando sus deberes, sus juramentos y sus promesas, y no escuchando mas que la voz de su conciencia, se opondrá á él constantemente por todos los medios de que disponga, declarando desde ahora que está dispuesto á sufrir un cautiverio mas duro aun que el que sufre y hasta la muerte, antes que faltar de cualquier modo que sea, ni directa ni indirectamente, á sus deberes.

Autorizo á V. S. Ilma. á valerse de esta firme declaracion y de lo demás espuesto, para convencer al señor ministro de negocios extranjeros de Italia de que la obra de Italia hecha estensiva á Roma es una obra destructora del catolicismo y la negacion del principio de la autoridad del pontífice y de la libertad de la Iglesia, obra que por si misma imposibilita toda reconciliacion en el sentido que entiende y desea el gobierno de Florencia.

Puede tambien V. S. Ilma. dar copia de este despacho si así lo tiene por conveniente.

Me repito con todo aprecio

De V. S. Ilma. afecmo. servidor—G. Card. Antonelli.»

A la *Época* escriben desde Roma con fecha de 25 del pasado:

«Hace dias que no comunico á V. noticias de los desórdenes y de las desdichas que ocurren en esta ciudad, y si hoy escribo, lo ejecuto tan solo para hacer conocer cuán injusta es para los Estados-Pontificios la dominacion del hombre que parece destinado á conmever las dos penínsulas meridionales europeas.

Respecto de los estados de la Iglesia católica, presenta perfectamente su horrible situacion la *Enciclica* de su santidad de 1.º de noviembre, de que V. tiene ya un ejemplar auténtico; y sin embargo, todavía en ese respetabilísimo documento no se dice todo lo que pasa, ni se espresan con la debida fuerza todos los actos de vandalismo realizados desde la invasion, de muchos de los cuales ya he dado conocimiento en mis cartas precedentes. El santo padre en esa tristísima comunicacion refiere con amargura los principales excesos, injusticias y atropellos perpetrados hasta entonces; pero no consigna los repugnantes episodios que han acompañado á los hechos punibles realizados, y hasta usa de conmiseracion con los ejecutores, no designándolos con sus nombres. Este piadoso y generosísimo proceder ha sido correspondido con la brutal medida de arrancar de todas partes la *Enciclica* y de secuestrar los periódicos de Italia en que se habia publicado, y con el mandato abusivo de privar de la circulacion á los impresos que iban por el correo.

Así entienden la *libertad* que de palabra proclaman estos *liberalísimos* gobernantes delegados del ministerio de Florencia. La *Enciclica*, á pesar de estas disposiciones ilegales, corre ya por todo el mundo y es objeto de veneracion para los católicos, y de estudio para los no católicos. Las iras de los *italianísimos* importan poco á los hijos de la Iglesia de Jesucristo y solo obtienen su desprecio, escitando tambien la indignacion de los hombres honrados de todas las sectas religiosas.

La *Enciclica* da cuenta al mundo todo de que Roma está dominada por una turba numerosa de advenedizos que sin freno ni reprencion ejecutan los actos mas atroces contra las personas y las cosas eclesiásticas; de que el santo padre está en verdadera esclavitud sin poder salir de su palacio del Vaticano, al cual llegan las voces subversivas y los gritos amenazadores de los bandidos que recorren la ciudad eterna; de que no es posible ejercer con la debida seguridad ni aun el poder espiritual fundado por Jesucristo para regir su Iglesia; de que le está vedado hasta el comunicarse directamente con sus súbditos; de que absolutamente carece de libertad de accion, y de que en esta situacion es mas prisionero que el emperador Napoleon lo es de los prusianos. La *Enciclica* contiene una vigorosa protesta contra los hechos violentos de los usurpadores, y da una contestacion cumplida á las falsedades contenidas en las diversas circulares del ministerio de Florencia, cuya lectura produce asco, porque no hay en ellas una sola palabra que no sea un sarcasmo y que no revele la mas grosera impudencia.

El gobierno de Víctor Manuel se ha propuesto mentir al mundo del modo mas descarado, al escribir sobre el gozo que sienten los romanos por verse bajo su dominacion, al espresar que se disfruta de gran felicidad y de una dicha envidiable, al referir que el plebiscito fué una verdad y que las leyes italianas han sido perfectamente recibidas, al manifestar que aquí es todo bienandanza y que nadamos en la abundancia, y al pretender justificar sus inicuos actos. La verdad es que el pueblo romano entero, á escepcion de dos millares de perdidos y de criminales, vé con horror y con odio á los invasores, deplora con lágrimas de sangre los males irremediables causados por los que nada han respetado, y está lleno de terror temiendo los gravámenes y las gabelas que sobre él pesan ya y los mayores que inmediatamente le amenazan.

Roma parece hoy una poblacion maldecida, porque solo imperan en ella los malvados, porque solo para los perversos

esos hay amparo y protección, porque las cosas santas son escarnecidas públicamente, porque las personas eclesiásticas viven en constante temor y en perenne angustia, porque se exigen contribuciones gravosísimas á los que antes pagaban tributos muy exiguos, porque la inmoralidad se ostenta en toda su desnudez y en los vicios mas repugnantes, y porque la vida y la hacienda de los hombres pacíficos y honrados están en peligro á cada momento.

El ministerio florentino sabe la verdad de todo esto, y no obstante, dice en documentos oficiales que en Roma hay libertad, paz, orden, justicia y felicidad. No puede mentirse mas audazmente.

A pesar del férreo yugo impuesto á los romanos, algun diario de la capital se ha atrevido á desmentir los asertos de las circulares del Sr. Visconti Venosta, y ha evidenciado que el plebiscito fué una farsa infame, que los romanos no quieren pertenecer á la Italia de Victor Manuel, que solo la fuerza les obliga á sufrir la situacion irritante y opresora que les agobia, que los invasores y sus amigos muestran el mayor desprecio de la religion y de sus ministros, que no existe libertad ni siquiera tolerancia para lo bueno, que el pontífice está cautivo, la Iglesia aherrojada, el orden fugitivo, la calma ahuyentada y la civilizacion escarnecida. El periódico á que me refiero, que es *El Observador*, protesta contra todas y cada una de las aserciones de las circulares, y concluye espresando ser falso lo asegurado por el ministro florentino y por varios periódicos revolucionarios, de que el papa en otro tiempo bendijo la bandera de Italia, aseveracion destituida de todo fundamento, porque Pio IX jamás ha dado su bendicion á esa enseña, y lo que únicamente hizo en 1849 fué pedir á Dios que bendijera á la Italia, á fin de que con su divina bendicion pudiera conservar el precioso tesoro de la fé y de la religion de sus padres. Este artículo produjo en Roma gran efecto, y pinta la verdadera fisonomía del pueblo romano de-pues de la invasion.

Seria muy prolijo si me pusiera á relatar los hechos realizados últimamente por los usurpadores, y para no serlo me limito á dar razon de uno tan solo; pero antes debo llamar la atencion de V. sobre diversos antecedentes que convencen de los perversos medios que se emplearon desde trece años acá para conseguir que Roma fuese ocupada por las tropas italianas. Escritos innumerables clandestinos han circulado en los Estados Pontificios desde 1859; conspiradores retribuidos han recorrido las poblaciones; se ha distribuido considerable cantidad de armas entre los enemigos de la santa sede; se ha repartido dinero en abundancia; se han prodigado las ofertas mas halagüeñas; se ha prometido á muchos la riqueza á costa de los bienes eclesiásticos; se han inventado y propagado las noticias mas absurdas y las calumnias mas groseras; se ha abusado de la verdadera libertad que habia para difundir toda clase de patrañas; se han provisto destinos antes de la ocupacion; se han fraguado motines criminales; se ha apelado á cuantos recursos indecorosos y punibles pudieran dar algun medio de consumir la iniquidad. El pueblo romano ha permanecido, no obstante todos estos pérfidos manejos y malos usos, quieto, pacífico, adorando á su bienhechor Pio IX, y ha sido necesaria una invasion violenta, notoriamente contraria á los deseos y á los intereses de los súbditos de la santa sede, y rechazada por estos, para lograr la posesion material del territorio y de la capital. Los romanos protestaron antes con su comportamiento leal y adicto á la santa sede, contra su anexion á los dominios de Victor Manuel, y protestan hoy en voz tan alta cuanto se lo permiten sus opresores. La usurpacion se ha verificado, valiéndose de la fuerza bruta, y contra la voluntad manifiesta de los romanos. Esto es lo cierto, y no lo que falsamente ha dicho el Sr. Visconti Venosta.

Ahora voy á dar noticia del hecho á que antes aludia, y que es uno de los mas irritantes que se han realizado. Este hecho es la ocupacion á viva fuerza del palacio del Quirinal. El edificio no es del estado de Roma, sino que es una propiedad particular del romano pontífice. En él vivia un cardenal; en él estaban diferentes oficinas del servicio indispensable de su santidad como soberano espiritual y jefe de la Iglesia católica; en él existian tribunales y dependencias

exclusivamente eclesiásticas; en él se encontraba la sala en donde tienen lugar los cónclaves para las elecciones de papas; en él solian estos residir en verano por ser vivienda mas sana que la del Vaticano; en él en fin se guardaban riquezas artísticas de la propiedad de los papas. Pues bien; ese palacio fué asaltado de orden de los usurpadores, sus puertas fueron forzadas, sus cerraduras saltaron en pedazos á los golpes de los martillos de los forzadores, las riquezas cayeron en poder de los ocupantes, el cardenal custodio de aquel sagrado recinto tuvo que salir casi fugitivo, las oficinas, tribunales y dependencias quedaron abandonadas; el edificio todo se declaró por los conquistadores *buena presa*.

Esta espoliacion inicua ha sublevado la conciencia de cuantos de ella tienen noticia. ¡Baldon eterno é imperecedera ignominia sobre los que la han decretado y sobre los que la han consumado! Su nombre correrá en la historia unido al de las tropas del condestable de Borbon, que pusieron á Roma á saco en 1527.

No digo á V. nada de los insultos que diariamente se dirigen á los religiosos y á las religiosas; tampoco de las profanaciones de algunos templos; menos de los daños causados en los establecimientos de instruccion y de beneficencia, que son de consideracion; y paso por fin en silencio tantas y tantas escenas de desolacion y de luto como se presenciaban, por no alargar demasiado esta carta.

No puedo, sin embargo, dejar de hacer una comunicacion importante, á saber, que en este mes no se ha entregado ya al prefecto de los sagrados palacios apostólicos la asignacion de los 50,000 escudos romanos, que con arreglo al presupuesto de los estados pontificios, debian entregarse mensualmente. El cardenal prefecto espidió el mandato de pago en la forma acostumbrada, y que di á conocer en mi carta anterior; pero el Sr. Giacomelli consejero italiano, encargado de la direccion de la hacienda en Roma, presentó exigencias, además de irrespetuosas, inusitadas y ridículas, que el cardenal prefecto creyó no deber aceptar. Con esto su santidad, privado hoy de lo suyo, carece de lo preciso para atender á sus mas urgentes y perentorias necesidades. ¡Sé-palo el mundo católico!!!»

Admirable espectáculo presentó Madrid durante el solemne triduo de rogativas por el papa, celebrado en la iglesia de S. Isidro en los dias 9, 10 y 11 del corriente, conforme á la invitacion que en el postrer número publicamos. La concurrencia sin intermision fué extraordinaria, pero sobre todo el domingo á todas horas. A la mañana por espacio de dos horas un obispo y dos sacerdotes distribuyeron el pan eucarístico á muchos millares de fieles; los que aquel dia comulgaron en esta y en otras iglesias de la capital se calculan de diez á doce mil. En la misa mayor rebosaba de apiñada gente el vasto templo; pórtico, naves, capillas, crucero, gradas, presbiterio, tribunas, todo parecia inundado por un mar de cabezas; fué preciso cerrar las puertas para contener la incesante avenida. Al obispo celebrante respondia un admirable coro de voces solas, dirigido por el insigne maestro Sr. Eslava; el versículo *Tu es Petrus* causó en el auditorio una impresion profunda, y el *non prevalebunt* de la divina promesa estremecia las sagradas bóvedas. Completó la emocion con su elocuentísimo discurso nuestro venerable amigo el obispo de Avila, una de las glorias del púlpito español. Por turno hicieron la vela ante el Santísimo Sacramento con cirios encendidos unos cien sacerdotes, cuarenta grandes de España, escritores, hombres públicos, individuos de la *Juventud Católica*, y sucesivamente academias, órdenes militares, corporaciones, hermandades y cofradías. El papa por telégrama envió su bendicion, que dió en su nombre el obispo de Madrid. Las limosnas para el dinero de S. Pedro produjeron cerca de 80,000 reales.

Madrid se acreditó con esta grandiosa manifestacion de fervorosamente católica; y Palma ¿no imitará su noble ejemplo?